

¿Por qué gracia? 02

“Nuevo vino en nuevos odres”

Pastor Erich Engler

En la enseñanza del día de la fecha vamos a observar 3 comparaciones o parábolas que utiliza Jesús las cuales indican claramente que un tiempo nuevo ha comenzado y que no debe mezclarse lo viejo con lo nuevo. Dicho más claramente, no debe mezclarse la gracia del nuevo pacto con la ley del antiguo.

La primera de estas 3 parábolas tiene que ver el vino nuevo el cual debe ser echado en odres nuevos. Dentro del mismo contexto, Jesús hace mención a otras dos que tienen que ver con el mismo tema, por ejemplo: el remiendo en el vestido viejo; y acerca del beber.

La parábola del vino nuevo

Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo romperá los odres y se **derramará**, y los odres se **perderán**. Mas el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar; y **lo uno y lo otro se conservan**. (Lucas 5:37 y 38)

Estos odres o recipientes nuevos, a los que se refiere Jesús, tienen que ver con el nuevo pacto. Cuando Él se refiere a odres viejos hace alusión a la ley de Moisés que es sinónimo del antiguo pacto.

Prestemos atención a dos palabras que son mencionadas en este versículo y que son de suma importancia para comprender el tema al que nos estamos refiriendo. Las palabras son: **derramar** y **perder**. Es muy importante también tener en cuenta la última frase del mismo, a saber: **lo uno y lo otro se conservan**.

De acuerdo al pasaje de Juan capítulo 15, Jesús es la vid y nosotros somos los pámpanos. De la vid se obtiene el vino, Jesús es quien nos trae el vino nuevo. Jesús vino a este mundo para revelarnos la gracia y la verdad divina y esto en contraposición con la ley de Moisés.

Juan nos dice que la ley **fue dada** por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad **vinieron** por medio de Jesucristo. Cuando Jesús vino a la tierra trajo algo desde el cielo consigo. La

Biblia nos dice que hemos recibido gracia sobre gracia y también nos dice claramente que la gracia y la verdad divina llegaron a nosotros por medio de Jesucristo en contraposición con la ley de Moisés que ya estaba.

Por lo tanto, el nuevo vino que procede de la vid quien es Jesús, es la gracia divina. Esto es lo mejor que Él podría haberle traído a la raza humana.

En el pasaje que acabamos de leer Jesús nos dice que nadie echa vino nuevo en odres viejos. De allí pues, el nuevo vino de la gracia no puede ser echado o puesto en las antiguas formas o estructuras o tradiciones de la ley.

El vino nuevo tiene que ser puesto en un recipiente nuevo. Debido a que el vino nuevo de la gracia no puede ser puesto en las antiguas formas, estructuras, tradiciones o costumbres de la ley, ¿cuál es entonces ese odre o recipiente nuevo? Este es el nuevo pacto.

Generalmente se dice que el nuevo pacto equivale al Nuevo Testamento. Pero, aunque en nuestras Biblias el Nuevo Testamento comienza en el libro de Mateo, el nuevo pacto propiamente dicho comienza después de la muerte de Jesús en la cruz. El tiempo que transcurre entre el nacimiento de Jesús y hasta su muerte en la cruz es un tiempo de transición. Cabe recordar, que un testamento entra en vigor a partir del momento de la muerte del testador. Por lo tanto, repito, el nuevo pacto propiamente dicho comienza después de la obra de la cruz.

Cuando se mezcla la gracia del nuevo pacto con la ley del antiguo se pierden ambas cosas, y no se tiene ni lo uno ni lo otro. Decimos que ambas cosas se pierden porque el nuevo vino colocado en un odre viejo hace que éste se reviente y que el vino se derrame, y no se tiene ni lo uno ni lo otro.

Este es el resultado de la mezcla de la gracia con la ley. La mezcla hace que ambas cosas se echen a perder.

Cuando hablamos de la pérdida o deterioro de ambas cosas algunos pueden reaccionar de manera indiferente ya que, hoy en día, se vive dentro de una cultura que mezcla todas las cosas haciendo un verdadero “cóctel” de ideas, doctrinas, y valores que no se puede distinguir una cosa de la otra.

El propósito principal de la venida de Jesús a la tierra fue para ponerle fin a lo antiguo y para establecer lo nuevo y evitar así la mezcla desordenada de ambas cosas.

Cuando hablamos de derramar y perder tenemos que saber qué es lo que se derrama y que es lo que se pierde.

Cuando mezclamos las cosas y ponemos el vino nuevo de la gracia en el recipiente antiguo de la ley, **esta última pierde su espanto**. La ley es aterradora.

Soy consciente que muchos no habrán de estar de acuerdo conmigo por lo que acabo de decir, pues, demasiado a menudo la ley es presentada como si fuera una lista de “instrucciones divinas” para una “vida exitosa”. Muchos definen a la ley (= 10 mandamientos) como las reglas divinas para la Iglesia.

Sin embargo, los 10 mandamientos son realmente aterradores. La Biblia describe detalladamente cómo fue la reacción del pueblo de Israel cuando Moisés descendió del monte Sinaí con las tablas de la ley en sus manos.

Ahora, vosotros los creyentes, **habéis conocido a Dios de una manera muy diferente a los israelitas en el Sinaí. La montaña a la que llegaron era una montaña terrenal. Estaba ardiendo, y estaba envuelta en nubes oscuras.** Hubo tinieblas, rugió una tormenta, sonó una trompeta, y una voz les habló, a la cual **tenían tanto miedo**, que suplicaron no escuchar una sola palabra más. Porque antes, cuando se decía que todo aquel quién se acercaba demasiado a la montaña, ya fuera humano o animal, tenía que ser apedreado, **el miedo y el terror les había asaltado.** Todo el evento, que tuvo lugar ante sus ojos, fue **tan aterrador** que hasta incluso Moisés confesó que **estaba temblando de miedo.** (Hebreos 12: 18 al 21)

(Literal de la Nueva Traducción de Ginebra)

Aquel momento era sumamente terrible y espantoso, los 10 mandamientos infundían en el pueblo semejante temor que todos a una rogaban que no se les hablase más. Aunque eran “solo” 10 mandamientos la lista les parecía interminable. La Biblia dice que el pueblo rogaba y suplicaba que no se les siguiera hablando.

Esto es lo que sucedió en el monte de Sinaí. Esto es lo que el pueblo judío celebra hasta el día de hoy. Nosotros, los creyentes, celebramos el Pentecostés.

Poco más tarde de este terrible acontecimiento al pie del monte Sinaí mueren 3000 personas; sin embargo, después del Pentecostés, 3000 personas son salvadas.

Cuando mezclamos la ley con la gracia, la ley pierde su terror y espanto. Debemos tener en cuenta que las consecuencias del quebrantamiento de la ley son terribles y espantosas. Eso es lo que hace que la ley sea completamente inflexible. La ley no puede ser acomodada a gusto y gana. Por tal razón, no sirve para nada que guardemos 9 de los 10 mandamientos, porque la Biblia nos muestra la inflexibilidad de la ley cuando dice que el que quebrantó 1 sólo de los 10 mandamientos quebrantó todos.

Por tal razón, todos aquellos que pretenden describir la ley como la lista de “instrucciones divinas” para una vida cristiana “exitosa” deberían predicar y enseñar también acerca de las terribles consecuencias en caso de no ser cumplidas. Esto último naturalmente no se hace.

Predicar simplemente acerca de que no matar o no cometer adulterio es una bendición, no tiene demasiado mérito. Por supuesto que el hecho de no cometer dichos pecados es una bendición en sí misma, no creas que soy tan ingenuo como para no darme cuenta de ello. Pero, así y todo, si es que se enseña o se predica acerca de los 10 mandamientos, debería enseñarse también acerca de las terribles consecuencias en el caso de quebrantarlos.

Esto último es obviado bastante a menudo. Si no se habla acerca de las terribles consecuencias que trae aparejado el incumplimiento de los 10 mandamientos, se le está quitando el espanto a la ley.

Eso es precisamente lo que ocurre cuando se coloca el nuevo vino de la gracia en el antiguo recipiente de la ley. Al hacer esto, el recipiente se revienta, **la ley pierde su espanto, y la libertad de la gracia se diluye perdiendo así completamente su propósito.**

Para comprender mejor esta realidad vamos a observar la segunda parábola.

La parábola del remiendo en el vestido viejo

Les dijo (Jesús) también una parábola: **Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo y lo pone en un vestido viejo; pues si lo hace, no solamente rompe el nuevo, sino que el remiendo sacado de él no armoniza con el viejo.** (Lucas 5:36)

En esta parábola Jesús se refiere también al tema de la mezcla de la ley con la gracia. Imaginémonos lo que sería si nosotros anduviéramos vestidos de la manera que lo describe este versículo. Con un parche por aquí y un remiendo por allá pareceríamos espantapájaros y a nadie se le ocurre hacer eso ¿verdad? Sin embargo, esta es una práctica muy común entre los creyentes y resulta de la mezcla del antiguo con el nuevo pacto. Esto es lo que sucede cuando se mezcla la ley de Moisés con la gracia de Jesús.

El nuevo pacto no es un pacto para ser utilizado como remiendo. El nuevo pacto, la gracia divina, no es un trozo de tela que se utiliza como “remiendo” cuando necesitamos perdón por no haber logrado guardar los mandamientos. El cristianismo no se puede utilizar como remiendo del judaísmo. Por tal razón, la teología que habla de volver a las raíces judías es sinónimo de volver a ponerse bajo la ley.

Si bien nosotros vamos una y otra vez a las raíces judías para estudiar las letras y la numerología hebreas, lo hacemos con el propósito de encontrar allí los simbolismos acerca de Jesús, pero nunca para volver a ponernos bajo el judaísmo o bajo el pacto de la ley.

El nuevo pacto es completamente nuevo y no tiene nada que ver con el antiguo. El antiguo pacto es ese vestido viejo al que se refiere Jesús en este pasaje. El antiguo pacto es ese odre viejo al que nos referimos en la parábola anterior. El nuevo pacto es completamente nuevo, es el nuevo vino, es el nuevo vestido.

La teología que mezcla la ley con la gracia podría ser representada de la siguiente manera: dedícate a buscar el “agujero” en tu propia justicia, en tu ser interior o en tu corazón, para colocarle encima el “parche” de la gracia.

En la justicia divina que nos otorgó Cristo no existe ningún tipo de agujero o fisura, eso sólo aparece en la propia justicia del ser humano.

La justicia divina que nos otorgó Cristo es perfecta y no necesita ningún tipo de remiendo. Cabe recordar, que la túnica con la que estaba vestido Jesús antes de ser crucificado era sin costura de un sólo tejido de arriba abajo.

Los soldados echaron suertes sobre ella para ver a quien le tocaba. Esta túnica era del lino y tejida de una sola pieza.

Toda nuestra vestimenta, sin excepción alguna, tiene costuras. Ninguno de nosotros tenemos una prenda de vestir que haya sido confeccionada de una sola pieza, sino que toda nuestra vestimenta está confeccionada de varias piezas unidas entre sí por medio de costuras. Sin embargo, la túnica de Jesús era de una sola pieza sin ninguna costura.

Esto tiene también una aplicación espiritual, a saber: la justicia divina que Cristo nos otorgó es perfecta, de una sola pieza, y sin ningún tipo de costura.

La costura, en este caso, representa simbólicamente al pecado, pues nos habla de algo que se ha roto o de piezas sueltas que deben ser unidas o cocidas entre sí. Sin embargo, el manto de justicia con el que estamos vestidos como creyentes en Cristo es un manto perfecto, sin remiendos ni costuras, pues es la justicia divina. Nuestra salvación es perfecta, de una sola pieza sin ningún tipo de costura, parche o remiendo. Nuestra salvación es tan segura que no se puede romper, ni descoser, ni necesita ser remendada o emparchada.

Por otra parte, la justicia propia está llena de agujeros. Esa era precisamente la teología de los israelitas. Ellos intentaban alcanzar su propia justicia por medio del camino de la ley, y esta estaba llena de agujeros y fisuras.

Este tipo de teología existe todavía hoy entre los creyentes. Hay muchos que se pasan buscando el “agujero” o la “fisura” en sus corazones, y creen poder solucionarlo confesando sus pecados a Jesús para que Él le coloque encima el “remiendo” del perdón. De esa manera, estos creyentes se sienten más o menos bien por un determinado espacio de tiempo hasta que se produzca una nueva “fisura” y necesiten un nuevo “remiendo”.

Amigo mío, permíteme decirte que la gracia divina es perfecta y no tiene ningún tipo de fisura. La gracia divina es ese nuevo vestido con el que Cristo nos cubrió. No tenemos necesidad de seguir poniendo parches y remiendos.

¡Aleluya! No tenemos necesidad de estar “emparchando agujeros” pues hemos sido hechos perfectos en Cristo. Nuestro ser interior ha sido hecho completamente nuevo y perfecto.

Tú me puedes decir ahora: “bueno, estoy de acuerdo con eso, pero... en cuanto a lo exterior no puedo decir que coincida siempre con la perfección de mi ser interior”. Debo decirte que tienes razón, eso nos sucede a todos nosotros, y Dios, nuestro Padre celestial, sabe que esto es así y por eso nos ama tanto. Por tal razón, cuando caemos y fallamos podemos contar con su amor incondicional el cual nos permite ponernos de pie mucho más rápidamente. Dios tiene un plan para cada uno de nosotros.

La teología de la mezcla de la gracia con la ley mantiene a las personas en un continuo círculo vicioso que los lleva a “remendarse a sí mismos”, a “encontrarse a sí mismos” y a “sanarse a sí mismos” para que, algún día puedan llegar a servir a Dios exitosamente. Sin embargo, el deseo de Dios hubiera sido haberlos colocado en un ministerio grande y fructífero mucho antes evitando así todo ese proceso inútil.

Dios tiene un plan perfecto el cual lleva a cabo con seres humanos imperfectos.

¡Esta es la gran diferencia! No tenemos que intentar ser perfectos para llevar a cabo un plan perfecto, pues Dios ya tiene ese plan perfecto y **Él es quien lo lleva a cabo** por medio de seres humanos imperfectos.

Cuando pensamos que no nos cualificamos para ello, esa es precisamente nuestra cualificación. Dios no busca personas cualificadas sino personas dispuestas. No necesitamos ser profesionales o expertos sino solamente estar dispuestos a dejarnos utilizar por Él. ¡Eso es todo!

La estabilidad interior que necesitamos, la conseguimos por medio de su gracia. Nuestro corazón se afirma en la gracia divina y no tiene necesidad de estar tratando de remendar agujeros continuamente. ¡Este es el nuevo pacto de la gracia el cual es mucho mejor que el antiguo! Las vestiduras de justicia nos otorgan identidad y son ellas las que nos motivan para seguir adelante.

¡Acaba de una vez por todas con el intento de tratar de guardar la ley y dedícate a vivir en el nuevo pacto! ¡Vive en lo nuevo! ¡Piensa, habla y confiesa lo nuevo! ¡Lee y escucha sólo todo lo que tiene que ver con el nuevo pacto!

La parábola acerca del beber

Y ninguno que beba del (vino) añejo, quiere luego el nuevo; porque dice: El añejo es mejor.
(Lucas 5: 39)

Hay muchos creyentes que todavía están bebiendo el vino viejo y necesitan tiempo para tomarle el gusto al nuevo. El motivo por el cual muchos tardan en decidirse a entrar de lleno a gustar de la gracia es porque todavía consideran como bueno el vino añejo de la ley. Hay muchos preciosos creyentes que están tan atados a las tradiciones de sus antepasados, las cuales consideran como muy buenas, que dicen no necesitar del “nuevo” mensaje de la gracia. Sin embargo, tal vez sin ser demasiado conscientes de esto, están mezclando la gracia con la ley.

Aquellos que no conocen demasiado acerca de la diferencia entre un vino joven y uno añejo son los primeros en aceptar el vino nuevo. Sin embargo, aquellos que están acostumbrados a beber solo el vino añejo les cuesta bastante hacer el cambio pues su paladar ya está formado. Por eso digo, que estas personas necesitan mucho tiempo para aceptar de lleno este vino nuevo de la gracia.

Hay un dicho popular que dice que cuanto más añejo sea el vino, tanto mejor. Sin embargo, el vino añejo tiende a ponerse ácido y agrio.

Esta es precisamente la situación que nos describe este versículo. Hay muchos que vacilan y tardan bastante en hacer el cambio completo, puesto que una persona que está formada y atada a estructuras y tradiciones no está abierta para las cosas nuevas. Todos nosotros, en mayor o menor medida, estamos ligados a estructuras y no aceptamos fácilmente los cambios que implican las cosas nuevas.

Seguramente que casi todos nosotros hemos estado envueltos en alguna discusión con personas que están aferradas fuertemente a tradiciones y estructuras, y no desean soltar la

ley de Moisés con el argumento de que aquello era mejor ¿verdad? ¡Por favor, nada más alejado de la verdad!

Por el contrario, precisamente lo nuevo es lo mejor. El nuevo vino es mejor que el añejo. El vino nuevo huele mejor, sabe mejor, cae mejor, y se siente mejor. ¡Dios desea que estemos embriagados de su gracia!

En el libro de Efesios, el apóstol Pablo nos dice que no debemos embriagarnos con vino en lo cual hay disolución y nos aconseja que antes que eso seamos llenos del Espíritu Santo. Precisamente fue el Espíritu Santo, el que fue derramado el día de Pentecostés.

Aquella ocasión, en que fueron derramadas las diferentes lenguas sobre los que estaban presentes, lo que a su vez es también un cuadro del nuevo vino, marcó el comienzo de la dispensación de la gracia.

En aquella oportunidad, cuando los discípulos salieron del aposento alto para ir a la ciudad, la gente pensaba que estaban ebrios. Ellos sin embargo, estaban llenos de la gracia divina. Ellos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas. Ellos oraron por primera vez palabras de gracia. Hasta ese momento sólo conocían las oraciones rituales. Jesús les mostró a sus discípulos que debían salir de lo ritual y entrar en lo nuevo, pero eso se hizo realidad recién cuando recibieron el bautismo del Espíritu Santo.

El vino nuevo huele bien, sabe bien, y sienta bien. Por esa razón, algunos de los que nos critican dicen que no puede ser que el Evangelio sea tan bueno. Nuestros críticos sostienen que el Evangelio de la gracia es un Evangelio demasiado agradable y confortable. ¡Ese es precisamente el Evangelio que Cristo vino a predicar!

Él dijo que había sido ungido para predicar **el año agradable y favorable del Señor**. El Evangelio de la gracia, el vino nuevo, es precisamente agradable y bueno.

Gustad, y ved que es bueno el Señor; dichoso el hombre que confía en él. (Salmo 34:8)

Este versículo nos insta a probar, a saborear, a mirar. Eso mismo hacemos con el nuevo vino, lo miramos, lo probamos, y lo degustamos.

El perfume o aroma de la gracia divina

Dios desea que le gustemos, que le sintamos, que percibamos su sabor y que le experimentemos. Dios tiene un aroma y es el aroma de la gracia. El aroma de la gracia es el que identifica a Dios.

Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos. Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y **la casa se llenó del olor del perfume.** (Juan 12: 1 al 3)

El aceite de la unción del Antiguo Testamento estaba conformado por 5 ingredientes. Cabe recordar, que en la numerología hebrea, el número 5 representa la gracia. De acuerdo a sus componentes era el perfume del aceite de la unción. Ese aroma, producto de los 5 componentes, que llenó toda la casa donde estaban reunidos representaba la gracia divina personificada en Jesús. El aroma o perfume de la gracia divina ilimitada y el favor inmerecido de Dios se esparció por toda la casa.

[Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden.](#)
(2 Corintios 2:15)

Nosotros, los creyentes, somos un olor grato para Dios. Dios, el Abba Padre, percibe el olor de Jesús en nosotros. Cuando Él nos observa nos ve como un olor grato que sube delante de su presencia porque Él percibe el olor de Jesús en nosotros. Este es el mejor perfume que podemos tener. Dios el Padre percibe siempre el olor grato del Señor Jesucristo.

Resumen:

Cuando se mezcla la ley con la gracia, no se tiene ni lo uno ni lo otro, pues, la ley pierde su espanto y la gracia su libertad liberadora. La gracia divina no es un “remiendo” para ser utilizada como “parche” cuando no podemos cumplir los 10 mandamientos. El vino nuevo sabe mucho mejor que el añejo.

Oración:

¡Gracias Señor porque ahora vivimos en el nuevo pacto de tu gracia! ¡Ayúdanos a escuchar solo acerca de tu gracia y a beber solo del vino nuevo del nuevo pacto! ¡Gracias porque tú nos has vestido con tu justicia divina, y por lo tanto, nuestra salvación es perfecta y segura!
Amén

**iglesiadelinternet**
El sitio diferente en la Web

iglesiadelinternet.com

¡La gracia de Dios cambiará tu vida!

Efectivo a nivel internacional, porque es de bendición para miles de personas en todo el mundo. Contribuye a su bienestar espiritual.

*De gracia recibimos, de gracia damos.
Descargas gratuitas. Servicio de discos.*

*Prédicas, enseñanzas, seminarios, devocionales, etc.
Amplia temática bíblica de aplicación práctica en la vida cotidiana. (Audio mp3, video y texto)*

Contacto: ministerio@iglesiadelinternet.com
¡Muchas gracias por visitarnos!

¿Ha sido Usted bendecido/a por esta enseñanza? Le animamos a compartirnos un breve testimonio, comentario o agradecimiento:

gracia@iglesiadelinternet.com

<http://facebook.com/iglesiadelinternet>

Canal en YouTube: [iglesiadelinternet](https://www.youtube.com/iglesiadelinternet)

Donaciones, transferencias bancarias:

Nosotros creemos que los diezmos deben ser dados a la iglesia local.

La visión de nuestro ministerio es expandir el verdadero Evangelio de la Gracia al mundo hispano. ¿Desea usted ser parte de esta visión apoyando este ministerio con donaciones? Muchas gracias por su interés. Nuestra cuenta bancaria:

Beneficiario: Familienkirche
Código Postal: 8640 Ciudad: Rapperswil
Cuenta, IBAN: CH8208731001254182059
Banco: Bank Linth LLB AG
BIC/SWIFT: LINSCH23
Código Postal: 8730 Ciudad: Uznach
País: CH (Suiza)

Más información en:

www.iglesiadelinternet.com/donaciones